

los libros de
AYESHA

LA CASA DE LOS LIBROS



2

ALEJANDRO ELCORO. *La casa de los libros*.

Colección Los libros de Ayesha / 02

Ayeshaliteratura ediciones, C.A.Buenos Aires, 2018

Imagen de cubierta: TULLIO CRALI. *Sorvolando la città* (1926).

Diseño de la colección y cubierta: BERTINI+CHAPUIS

© del texto: Alejandro Elcoro

© de esta edición: Ayesha Literatura

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, viola los derechos reservados del editor Ayesha Literatura Ediciones.

Elcoro, Alejandro. *La casa de los libros*. 1a ed.

CABA: Ayesha Literatura Ediciones, 2018. 120 p.; 15 x 10 cm.

ISBN 978-987-45964-6-8

1. Literatura Argentina. I. Título. CDD A860

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en Argentina

La casa de los libros

ALEJANDRO ELCORO

Ayeshaliteratura ediciones

ÍNDICE DE CONTENIDO

El edificio de las palabras	>>	9
La casa de los libros	>>	27
El esclavo del tiempo	>>	73

EL EDIFICIO DE LAS PALABRAS

Sebastián Araujo, feliz sin poder explicárselo, cruzó el puente del Mont Blanc; la mañana, transparente, permitía ver, a lo lejos, la montaña más alta de Europa. Tomó el tranvía hacia Carouge; mientras viajaba pensó que la ciudad no había cambiado tanto en los últimos veinticinco años, y faltando sólo ocho meses para que terminara el segundo milenio. Seguía sin saber qué exactamente le había pasado en las últimas semanas: por qué vendió sus ya escasas propiedades de Buenos Aires, cómo se había decidido a volver a Ginebra después de tanto tiempo, y qué esperaba encontrar en el Edificio de las Palabras —ese monstruo que habían creado la imaginación y la tecnología occidentales.

El Edificio no era aparentemente particular: recordaba a las modestas grandes casas del suburbio, y no era tampoco más moderno que ellas. En sus paredes amarillas y en sus ventanas de madera pintada de verde, nada hacía pensar en el magnífico contenido que guardaba su interior. En la recepción, mientras solicitaba una plaza a la amable empleada que atendía a los visitantes, Sebastián Araujo advirtió que una persona a su lado lo observaba; aunque no era hombre de dejarse amedrentar, sintió una cierta incomodidad, y sin mirarla se dirigió a la sala central. Al acercarse a

la amplia puerta, mecánicamente alzó la vista y leyó, sobre el umbral, los caracteres griegos que decían: “En el principio era el verbo”.

Buscó su lugar, apoyó descuidadamente sus cosas, y estuvo un largo rato sentado, sin saber qué hacer o por dónde empezar. Desde su llegada a Ginebra, pocas veces había ido al Edificio, tal vez por demorar el placer de investigar sus posibilidades, tal vez por temor de enfrentarse con algo tan vasto, tal vez por la inseguridad de lo que quería hacer con ese material. Pensativamente miró el pequeño teclado, que parecía aguardarlo a la expectativa; la pantalla, todavía oscura, reflejaba vagamente su cara. A los cuarenta y seis años, Sebastián Araujo más de una vez se había sentido cansado, y ahora gozaba esa dolorosa ansiedad que en su juventud acompañara el momento de ponerse a escribir. Encendió el artefacto, y la pantalla empezó a teñirse de verde. Tipeó la palabra “pirado” y rastreó en distintos niveles su acepción: al cabo de pulsar veintidós veces la tecla, dio con la que buscaba: “Castellano. Estar pirado: estar loco; expresión usada en España, especialmente por los jóvenes madrileños, década 1970. Diccionario Academia, registra edición...” No siguió leyendo. “Entonces no me equivocaba –pensó–. Así me decía ella, cuando nos conocimos en esta ciudad. Me causaba gracia esta expresión, y la traducía a nuestros modismos porteños. Estás rayada, le decía. Y así hacíamos con todas las palabras. Después

nos escribíamos, cada uno usando las formas que había aprendido del otro”. De este modo dejó pasar la mañana, buscando distraídamente los términos más particulares, sorprendiéndose con los hallazgos más inesperados. Se levantó con fastidio y buscó la salida.

Cuando llegaba a la calle, oyó que lo llamaban; pensó que la recepcionista, que ya lo nombraba por su apellido, le avisaría como otras veces que algo se estaba olvidando. Una mujer de aspecto sajón, de unos treinta años, se acercaba sonriendo.

–El señor Araujo, ¿verdad? –le dijo en castellano, con fuerte acento alemán.

–Sí, sí. Ah... usted estaba en la entrada. Seguramente ahí...

–Sí. Me llamo Margarete Vickenhoff. ¿Puedo hablar con usted?

–¿Hacia dónde va?

–A Plainpalais.

–Podemos ir caminando. No sé por qué...

–Le explicaré. Lo he visto a usted otras veces en el Edificio. Lo reconocí enseguida, aunque claro, las fotos que se tienen de usted son de hace años. Pensé que ahora debía conocerlo personalmente.

–¿Fotos mías? ¿Usted se refiere...?

–Sí. Mi tesis doctoral fue un trabajo sobre su obra.

–¿Sí? Qué audacia... Digo, escribir sobre algo tan remoto, ¿no? Pero, ¿qué pudo escribir?

–Una teoría psicoanalítica sobre su mitología.

–Qué interesante, pero ¿pudo interesarle a alguien?

–Me doctoré con las mejores notas– y con enfática gracia, agregó:

–Cum laude.

–Pero qué bien. Aunque eso fue mérito exclusivamente suyo, ¿no?

Caminaron hasta donde ella vivía; Araujo rehusó su invitación de subir a almorzar, pero convino en encontrarse con ella al día siguiente, en el Edificio.

Siguió a pie hasta su casa. Pensaba que quizás, de algún modo no previsto, su decisión de ir a Ginebra le permitiría resolver la inutilidad y la confusión de su vida. Sólo que no quería que esa resolución tuviera que ver con Margarete Vickenhoff. Subió por la rue Voltaire, y no pudo no mirar el edificio donde, veinticinco años atrás, había pasado castamente una noche con Blanca Navarro, antes de despedirse para siempre de ella. Pensó también, que al fin y al cabo, tal vez no fuera del todo inútil que existieran estos organismos que desde Ginebra abarcan el mundo, y que él siempre había considerado innecesarios. Pero, ¿por qué, por qué tenía ahora esa irracional confianza en algo mecánico y muerto, que nada podía prometer, más que eficiencia, datos y abstracciones? Quizás lo importante no era eso, sino la capacidad de heroísmo que sintió al abandonar su país, como sólo puede sentirse –cuando no se es valiente– al saber que ya no queda nada que perder; y él sabía que cualquier cosa

—algo nuevo, u otra derrota—, sería mejor que su vida, ya hecha, e irremediabilmente equivocada.

La mañana siguiente volvió al Edificio. Con curiosidad descubría, que aunque iba a cumplir con una cita que había aceptado sin quererlo, se acercaba a ella no sólo sin fastidio sino hasta alegremente. En el pasillo se cruzó con Salomón Escardó, un sefardita nacido en Estambul, célebre en el cerrado círculo de la kábala. Sebastián lo había conocido en París, en un congreso de escritores, pero Escardó parecía no poder reconocerlo; alto, encorvado, apuntaba su larga nariz y su larga barba al suelo, y no miraba ya nada en el mundo. Entonces habían coincidido en su desprecio por las soluciones que los políticos ofrecían al planeta, si bien la fe joven del kabalista (cuyos muchos años lo acercaban inminentemente a la muerte), hizo que Sebastián se avergonzara de su cínico escepticismo hacia todas las cosas. Su primer impulso fue detenerse a saludarlo, pero se contuvo. ¿Qué podría decirle, qué podía decirle él, Sebastián Araujo, a ese hombre que una vez había conmovido su vida y sus ideas, ahora que su vida y sus ideas seguían siendo las de antes y las de siempre? Pero también, ¿qué podría decirle él, Salomón Escardó, cuyas palabras y cuyo ejemplo no habían podido al fin y al cabo servirle entonces y cuya vida estaba ahora definitivamente distanciada de la suya? Lo dejó pasar.

Margarete estaba esperándolo, en el comedor. Se-

bastián, sin saber por qué, comenzó por preguntarle si conocía a Salomón Escardó.

—Nadie aquí puede no conocerlo. Fue uno de los organizadores del Edificio y, seguramente, quien mejor sabe de sus mecanismos y sus alcances. Se dice que es el hombre que más palabras conoce en el mundo.

—Bueno, pero eso no sirve para dar calidad de escritor, ¿no?

—No, ni él lo pretendería. Es que no se trata aquí de eso.

—Tal vez sí sirva para pensar mejor la realidad...

—Justamente. Para tratar de algún modo de abarcarla.

Se levantaron para ir a la sala de lectura. En el pasillo, Sebastián preguntó a Margarete cuánto tiempo hacía que estaba vinculada al Edificio.

—Desde que me doctoré, en 1994. Es decir, dos años después de que se inaugurara.

—Mucho tiempo. Creo que podrás explicarme algunas cosas que querría saber.

—¿No leíste el Manual?

—Sí, lo hojeé, pero... bah: No.

—No importa. De cualquier modo, estoy segura de que te sorprenderías.

Ocuparon una sola terminal. Margarete empezó a explicar a Sebastián algunos detalles de esa computadora, que aspiraba a ser tan minuciosa como el mundo, tan amplia como el universo, y lo hacía como un

alumno que quiere demostrar lo que sabe. A Sebastián esto le causaba gracia, pero escuchó atentamente.

—Imagino que sabes —decía ella— qué cosas puede decirte el ordenador, según en el nivel en que le preguntes, de cada vocablo: etimología, época, traducciones, connotaciones, significados a través del tiempo, usos regionales, procedencias, grafías, pronunciaciones, referencias cruzadas, todo eso, ¿no? Esto permite incluso trabajar con las raíces de las palabras, con sus sentidos más primitivos, aun con sus músicas. El ejemplo más evidente de sus posibilidades fue el trabajo que se hizo sobre el *Finnegans Wake* de Joyce, esa obra imposible, escrita con elementos de cuarenta lenguas y que no puede traducirse a ninguna. Explorando todas sus interpretaciones posibles con este ordenador, se encontraron elementos como para escribir, digamos: concisamente, un libro de casi veinte mil páginas. Sabías eso, claro. Lo fascinante es que todo lo que aquí se da como sabiduría, puede convertirse en confusión y caos, ya que cualquier investigación es teóricamente...

—¿Infinita?

—Así es, en efecto.

—Perdón, pero ¿no es todo esto un poco... innecesario?

—En el fondo, nada es necesario en el mundo, excepto el amor y el chukrut —Sebastián descubrió en la sana mirada azul de Margarete, que su respuesta debía

tomarse como una muestra del humor germánico, y supo que la había apreciado equivocadamente. –Pero para la literatura, para la lingüística, para la historia, es una apertura a un sinnúmero de posibilidades inmediatas, y una comodidad, una ayuda...

Margarete se detuvo, sospechando que ese argumento no interesaría a Sebastián; después, impetuosamente, siguió: –Imagínate. Podemos buscar la palabra “paloma”. Hay un personaje tuyo que se llama así, ¿verdad? Bien; si luego escribimos “Araujo Sebastián”, la computadora nos dirá cuál es el origen de este nombre en tu obra, por qué lo elegiste, qué persona real hubo en tu vida que lo inspirara, todo esto... y quizás más. ¿Sabías eso también?

–¿Eh? No, no. No sabía tanto. Se me ocurre cómo se consiguen todos esos datos; es algo... desagradable: suena policial.

–No. Yo diría que es... metafísico. Toda palabra que existe o ha existido, toda voz que alguna vez comunicó algo, está registrada en el Edificio, y aquí se la puede encontrar.

Sebastián sintió por primera vez ese vértigo fascinador por el cual era famoso el Edificio. Se levantó, ofuscado. Que pudiera traducirse instantáneamente del sánscrito al guaraní o del griego ático al esperanto, le parecía un poco baladí pero tolerable; pero que su vida privada estuviera expuesta a la curiosidad de cualquiera, eso no podía tener nada de maravilloso.

Como siempre, su egoísmo impedía a Sebastián alcanzar la grandeza de ciertas ideas. Que de todas partes del mundo estuvieran llegando personas, telexes, cartas, llamadas telefónicas, para suministrar información sobre cualquier palabra de la que se hubiera tenido noticia, o de algún aspecto de cualquier palabra, le parecía tal vez excesivo pero admirable; que del mismo modo esa información saliera del Edificio, eso era de una generosidad estúpidamente peligrosa. El mundo, como un imperio que se derrumba, derrochaba fuerzas y riqueza para distraer su vanidad o su angustia. Sebastián sonrió; pensaba que quizás y a pesar de todo, él había tenido razón, y no Salomón Escardó.

Oyó que lo llamaban, pensó que debería explicarle a Margarete su repentina huida, pero era la recepcionista, que le traía un sobre.

Caminó hacia las afueras, hasta encontrar, a orillas de un sendero, un lugar aparente donde sentarse. Abrió el sobre; en una tarjeta decía: “Lo esperaré esta noche. 19, Rue Sources. Salomón”. Sebastián volvió lentamente al Edificio: Margarete ya no estaba. La esperó al mediodía, llamó algunas veces a su casa por la tarde, vagó hasta la caída del sol por la costa del lago, después de comer se dirigió a la Rue Sources.

Subió hasta el tercer piso por una modesta escalera; sorprendentemente modesta, porque siempre se había dicho que Escardó era un hombre poderosísimo. El mismo Salomón salió a recibirlo; lo condujo a una

sala espaciosa, escasamente iluminada, y sin detenerse a satisfacer cierta natural curiosidad que Sebastián sí pensaba satisfacer, empezó preguntándole en qué obra estaba trabajando. Hablaron en francés.

—Hace muchos años que no escribo —contestó Sebastián, rogando por no tener que dar explicaciones y con el temor de que Salomón dominaría la situación también esta vez.

—¿Puedo preguntarle, es decir, puede contestarme, qué busca en el Edificio?

Sebastián tardó en contestar; finalmente dijo:

—Quiero ponerlo a prueba... Quiero saber si puede resucitar a la literatura... Quiero...

—No lo hará. —Sebastián lo miró interrogativamente. —No lo hará. ¿Usted quiere saber si en verdad el Edificio registra todas las palabras? Yo puedo adelantarle la respuesta: Están todas. (...) ¿Sabe, Araujo? Poco nos hemos conocido, pero le tengo respeto; en cierto modo, también afecto. Su entrega a la literatura, su sufrimiento por ella, vano, patético, pueril, en un tiempo me ayudó. Ahora querría ahorrarle ciertos... inconvenientes. Váyase. Interese a esa mujer que dedicó tanto tiempo, tanto esfuerzo, tanta energía a estudiar la obra de usted, y váyase.

Sebastián, más que preocupado, estaba sorprendido. Iba a hablar, pero Salomón se adelantó.

—Usted descontará que soy un imbécil; tal vez no se equivoque. Tal vez no haya olvidado la última con-

versación que tuvimos. Usted dijo que las palabras no son nombres de las cosas, sino un intento de explicarlas. Creo que no sabré nunca por qué dijo eso, pero ahora puedo asegurarle que no se equivocaba. Por eso le recomiendo la ignorancia. Ahora, si no le importa, déjeme solo. Tal vez podamos hablar en otra oportunidad.

Sebastián se levantó, callado. En la puerta dio las buenas noches al kabalista, y se fue. Tuvo la sensación de que en efecto volvería a verse con Salomón, y decidió que no debía pensar en él hasta entonces.

Caminó hasta su casa, fumando tranquilamente una pipa. Se echó vestido en la cama, después de servirse una copa de cognac. Lo sobresaltó el teléfono. Era Margarete, que aparentemente no había llamado por ningún motivo determinado. Sebastián sintió que tenía tantas cosas que decir, que prefirió no hablar con ella por teléfono: le dijo que fuera a su casa, y esa noche durmieron como amantes que se reconcilian después de un largo distanciamiento.

Una semana más tarde, Margarete y Sebastián caminaban, temprano en la mañana, hacia el Edificio. Sebastián no parecía inquieto por la presencia que se había sumado, aunque circunstancialmente, a su vida; incluso de un modo inexplicable, era como si un aire de total tranquilidad se hubiera instalado alrededor suyo. A su vez, Margarete aceptaba ese nuevo giro de su vida como si fuera una natural consecuencia (acaso

un doloroso premio) de su esfuerzo por la literatura. Sebastián, que antes había dicho que las preguntas por el pasado indican una pobreza del presente, pero seguro por vanidad, decía: –Me ha llamado la atención que no fueras a la Argentina para completar tu tesis. ¿Por qué no lo hiciste?

–Lo hice... Lo que llama la atención es que no te hayas enterado. Te busqué, pero nadie supo darme indicaciones precisas de cómo ubicarte. También traté de conseguir los otros libros que se sabe que escribiste y que no has dado a publicar. Esa especie de halo misterioso que rodeaba tu vida y tu obra atraía muchísimo a los estudiantes de mi generación –Margarete lo miró, sonriendo–. Y no los defraudé. Sin mentir y sin inventar, creo que contribuí a acrecentar tu renombre... Tal vez en el fondo no quise realmente conocerte, entonces.

–Tal vez preferías no comprobar que ni yo ni mi obra respondíamos a tu teoría...

–En principio, toda teoría es válida.

–Sí, pero al final muy pocas lo son; al menos, la realidad no se siente obligada a ser como las teorías querrían.

–Pero ¿por qué esa obsesión contra la psicoanalítica?

–No es contra ella en particular, sino contra todas en general. Ahora bien, respecto del psicoanálisis, bueno, la cuestión es otra; yo soy el escritor; o lo fui;

o creí que lo era. No sé por qué, entonces, si en un intercambio de palabras uno debe pagar, ése deba ser justamente yo...

Llegaron al Edificio, y esta vez cada uno ocupó un artefacto. “Imposible –pensaba Sebastián–; ciertos términos es imposible que estén”. Escribió la palabra francesa “chou chou”, y después el nombre “Brie Veronique”: surgió en la pantalla el sentido que ella le daba a esa expresión, al firmar sus cartas. “No puede ser; yo quemé todas las cartas que Veronique me devolvió”. Más sereno, siguió leyendo. Con disgusto, con insano placer, descubrió que ella firmaba también así sus cartas a Jaime de la Riestra. “Bueno, bueno, bueno; esto mejora”, resolvió sonriendo. Se le ocurrió entonces escribir su propio nombre y luego, ansiosamente, el de Margarete Vickenhoff; antes de completarlo, apretó el “off” del tablero. “Sin duda pertenezco a una generación ya pasada”, concluyó, y fue al comedor.

A su lado conversaban dos jóvenes. “¿Sabés? –decía una–. El profesor Frost ha debido renunciar. El conde Orloff descubrió en el Edificio lo que Frost realmente denotaba cuando decía ‘Inestimable condesa’ a su mujer”. Sebastián se dio vuelta y dijo: “Fue un error: yo pasé esa información al Edificio. Nunca pude soportar a mi rival”. En su desencanto, Sebastián no podía advertir lo gravemente que su sarcasmo habría de alterar el futuro; y se fue tranquilo. Buscó a Margarete y volvieron al centro de la ciudad. Almorzaron en el

restaurante de un barco. Como veinticinco años atrás, Sebastián conjeturó si sería feliz con la mujer que estaba a su lado; ahora, la mujer era otra, y su vida –o sea, como siempre, el resto de su vida– sería veinticinco años más corta. Sin embargo, nada había cambiado, esencialmente. ¿Nada, en verdad? Sebastián no podía reflexionar en eso. Estuvo callado, oyendo el eco de las últimas palabras de Margarete, para poder darles un significado; pero sólo oía una música, abstracta y vacía.

–Sebastián –repitió ella–. ¿Por qué escribiste: “las palabras dicen más de quien las usa que del objeto que designan”? –Y esto pudo él entenderlo, pero siguió escuchando su propio pensamiento; y pensó, de sí mismo: “El estrago que produjo su imaginación literaria en su fortuna; el desastre que las mujeres hicieron en su vida afectiva; la ruina intelectual en que lo sumieron los alucinógenos”. Sonrió, y dijo también mudamente: “Palabras, retórica, consuelo, nadería”.

–Gretchen, Margarita, Jacinto –pronunció, como despertando. –Tomemos un ejemplo. Tomemos las palabras “azar”, “inconsciente colectivo” y “destino”. Uno supone una suerte de orden caótico, reglamentado por el cálculo de probabilidades; la segunda supone algo así como un alma universal, común a todos los hombres, en la cual no se reconocen individuos; la última supone una inteligencia y una voluntad sobre-

naturales, que disponen los hechos del mundo. Pero, acaso ¿no hablan todas de una misma cosa, de un extraño comportamiento de la realidad, del cual no supimos nunca a qué se debía realmente? Tal vez sepas que éste fue nuestro tema de discusión con Salomón Escardó, cuando desaprobé su... teoría kabalista. Para lo anterior hay una cuarta palabra, “casualidad”, que según se refiere a un hecho, a algunos, o a demasiados, la podemos atribuir respectivamente al azar, al inconsciente colectivo o al destino. ¿Lo ves, ahora? Palabras, retórica, nadería; es decir, mejor, consuelo para los hombres, para convencerse de que saben de qué están hablando.

—Pero no en todos los casos es así. Vemos un árbol, lo llamamos “árbol”, y es un árbol.

—Sí. ¿Pero qué creés que pasaría en los tiempos primitivos, cuando un hombre se plantaba frente a un bosque, y decía a otro hombre un sonido? ¿Cómo sabía, cómo podía saber este hombre que ese sonido no se refería al bosque, o a una rama, o a un nido en la rama, o al roble, o al estado de ánimo de quien lo pronunciaba? No, las cosas vienen después de su nombre. El hombre las crea, como tales, al nombrarlas. Por eso creí que era ilusorio el trabajo de los kabalistas, al buscar el nombre de Dios.

Margarete jugaba con su copa de vino; sonrió y dijo:

—Es interesante tu... teoría; por eso mismo me parece convincente, y también irreal. Porque para poder aplicar un nombre a algo, primero debió la mente abstraer, separar ese algo de la totalidad, de la confusión y el caos, de la realidad sin nombres, y sólo después pudo nombrar las cosas.

—Bueno, sí; pero no afirmarás entonces que ésa sería la naturaleza de la existencia de Dios, ¿no?

La conversación se extendía excesivamente. Sebastián pidió otra botella de vino, de la Rioja española, y propuso un brindis: “Por la lealtad de las mujeres”; Margarete a su vez propuso: “Por la tranquilidad de los hombres”. Y ninguno supo qué verdaderamente había querido decir el otro. A los cuatro vientos, se separaron.

Sebastián fue a remar al lago. Condujo hábilmente el bote entre los yachts, los cisnes, entre nadadores y embarcaciones; bordeó el círculo donde caía fuerte el agua del “jet d’eau”, siguió lago adentro, donde las olas eran más grandes.

La última vez que había remado en el Lemán vio, al volver, el perfil regular y bajo de la ciudad, sobresaltado por la altura de la catedral: el cielo se había abierto entre las nubes metálicas, y un rayo del último sol iluminó la torre y las agujas del templo. La realidad, que no siempre se vale de simetrías, no repitió ahora esa imagen, que a Sebastián le hubiese halagado.

Contrariamente, por el Este se componía una oscura tormenta. “Se compone una oscura tormenta”, se dijo Sebastián, sonriendo; otra vez las palabras se esforzaban por representar, por expresar, por ser la realidad. Pensó si moriría ese día, así, desolado, entre símbolos. Su vida en el sur patagónico lo había hecho fuerte y hábil en su medida con la naturaleza; remó sin desesperación, rítmicamente, como fue al fin en todas las cosas, obstinadamente. Sus músculos, la respiración, la vista de Ginebra, la ropa mojada, todo le decía sin palabras que quería seguir viviendo. Pasó la escollera, y después, fácilmente, alcanzó la costa. “No fue tan grave –recordó más tarde–; nada debe ser grave en este país de juguete; pero nunca se sabe, ¿no?”

Fue a cambiarse, y después al Edificio. Se acercó sigilosamente a Margarete, y leyó, sobre el hombro de ella: “jacinto. Araujo Sebastián: castellano. Nombre con que ha llamado a Vickenhoff Margarete –ver–; 7a acepción que el Diccionario da de “margarita”, traducción de “margarete”. Sebastián extendió el brazo, apagó el aparato y sonrió a Gretchen. “Con trampas no vale”, dijo. Al salir se cruzaron con Salomón.

–¿Lo hará? –preguntó el kabalista. –Sí, esta vez lo hará. Muchas gracias, Araujo, por su confianza y su coraje. –Y después de una pausa: –Es un error... no se sabe; usted tiene razón, pero algo se resiste. Quiero decir: es todo tan confuso, pero algo se debe hacer, de

algún modo debemos comportarnos. Y todo debe tener una coherencia. Y uno debe ser el nombre. ¿Ahora sí puedo despedirlo? Hasta siempre, Araujo.

Lo vieron entrar al edificio, lo vieron perderse como se pierde una viñeta al volver las páginas de un libro.

Al día siguiente subieron al Saleve; cruzaron un bosquecito, para emerger sobre la escarpada ladera de la montaña. Abajo, como una nube entre celestes, la ciudad protegía su secreto.

—No cambió tanto Ginebra —dijo Sebastián—; algunas antenas, algunas cúpulas, algunas torres. Un viajero de cinco siglos atrás las habría visto como mástiles, mezquitas, minarettes. ¿Es verdad, Gretchen, que preguntando de cierta manera, la computadora puede generar respuestas propias?

—Es parte de la leyenda que rodea al edificio, pero no sé de nadie que lo haya conseguido.

—Le preguntaría cómo se adjetiva a sí misma. No podrán figurar las palabras “esplendimásssima”, “lastimísima” o “divinada”, ¿no?